

ARTIFICES DE LA PAZ EN EL SALVADOR

Queridos nuevos graduados, familiares y miembros de la comunidad universitaria:

En esta nueva graduación de la UCA, la más numerosa de su historia, tenemos el honor de contar con la presencia del Señor Nuncio de Su Santidad, Mons. Francesco De Nittis, que amablemente ha aceptado ser el invitado especial en este solemne acto. Como representante del papa, Juan Pablo II, recibirá su promesa de graduados y después les hablará en la celebración eucarística, con la que culminará este acto. Les pido un aplauso para agradecer su presencia entre nosotros.

No quisiera dejar pasar este acto tan importante para la Universidad y para ustedes sin decir unas palabras importantes, algo que seriamente comprometa a ustedes en este momento de recoger su título y, con él, de aceptar un grave compromiso. Este compromiso puede formularse hoy como un compromiso por la paz en El Salvador.

El Salvador vive sin paz desde hace mucho tiempo, pero esa falta de paz se ha agravado sobremanera en estos últimos años. Vivir sin paz significaba antes para la mayoría del pueblo salvadoreño vivir sujeto a condiciones de miseria, de opresión y represión, esto es, vivir en condiciones de violencia estructural e institucional. Vivir sin paz ahora es, además, vivir bajo el signo de la violencia, más aún, bajo el signo de la guerra. La guerra consume cerca del 40% del presupuesto nacional y más del 50% de los más de 2,000 millones de dólares que Estados Unidos ha invertido durante estos últimos años en El Salvador. Esto ha traído una acumulación sin precedentes de muertos, asesinados y desaparecidos, la destrucción progresiva de la infraestructura económica, social y cultural del país, cientos de miles de desplazados y refugiados y, en definitiva, un desorden e intranquilidad que son todo lo contrario a la paz.

Siendo éste el problema principal y más aflictivo para el país y consecuentemente para todos nosotros, debemos preguntarnos en este momento grave e importante de nuestras vidas qué debemos hacer por la paz, qué deben hacer 330 graduados nuevos con todo lo que va encerrado en el título hoy recibido para que cese la violencia y amezca la paz en nuestro país.

Para responder a este desafío no quisiera hacer un discurso político en el sen



tido de discutir soluciones prácticas al problema de la guerra. No es ésta ocasión para ello y en otros lugares de distintas formas lo viene haciendo constantemente la Universidad. Quisiera tan sólo decir unas palabras éticas y cristianas que les ayuden a ustedes a responder a esa cuestión crucial de qué hacer hoy por la paz. No plantearse la cuestión sería ya de por sí un acto de desidia y cobardía; no planteársela seriamente sería un acto negador del compromiso ético de un universitario, de un profesional que se ha formado en tiempo de guerra con el enorme sacrificio de un pueblo que en su mayor parte ni siquiera tiene lo mínimo para vivir.

Hay por lo pronto un compromiso ético del profesional para consigo mismo y para su familia en el cumplimiento cabal de su profesión. Hay también un compromiso genérico, recogido en la promesa que ustedes van a hacer antes de recibir su título, de poner sus capacidades al servicio del desarrollo del país. Pero hay también un compromiso personal y profesional con los asuntos públicos del país, con el bien común y el interés general y, en nuestro momento histórico, con la búsqueda y el encuentro de la paz. Poder contribuir a esta tarea y no hacerlo es una dejación de la propia responsabilidad; poder contribuir mucho a ello y hacerlo de cualquier manera es algo que no corresponde a quien ha tenido el privilegio de cursar largos años en esta universidad. En alguna medida tenemos que devolver al país y al pueblo salvadoreño lo que el pueblo y el país han hecho por nosotros para que nos podamos dedicar a estudios universitarios; en alguna medida tenemos que hacer fructificar los talentos recibidos y cultivados durante nuestros años de estudio. No se trata tan sólo de un genérico amor a la patria, de lo que los clásicos llamaban piedad con la patria, sino que se trata de una exigencia de justicia pues está en juego el bien de la patria desde la urgencia y la perspectiva del bien común (Santo Tomás, Summa Theologica 2-2, q. 101, 3 ad 3). Mucho se nos ha dado con sacrificio no sólo de nosotros mismos sino de muchos más, la mayor parte de ellos completamente anónima, por lo cual nosotros estamos obligados a devolver con sacrificio lo que se nos ha prestado.

Para responder como universitarios y profesionales a la pregunta de qué debemos hoy hacer por la paz, lo importante es revestirnos de aquellas actitudes



fundamentales que en su día y en la ocasión propicia se convertirán en acciones eficaces. Tres de estas actitudes quisiera señalar en este momento, puestos los ojos en la naturaleza de la paz y en las necesidades del país.

La paz, desde antiguo se ha dicho, es obra de la justicia. El repetido texto de Isaías en que enuncia que la justicia hará la paz y que el derecho traerá la calma y la tranquilidad (Is. 32, 17), es válido para ayer y para hoy. La afirmación recíproca es también cierta: cuando predomina la injusticia, cuando se viola el derecho en lo que tiene de más fundamental y básico, deja de haber paz, deja de haber orden y tranquilidad. Frente a esta violencia de la injusticia no raras veces surge la violencia de quienes quieren liberarse de la injusticia y no encuentran en el derecho la forma de hacerlo. Viene entonces la guerra, pero la guerra surge -fuera de los casos en que los poderosos no están contentos con lo que ya tienen o no ven seguros los despojos ya adquiridos- cuando y porque no hay paz. La paz no es ausencia de guerra; es mucho más, es aquella situación de tranquilidad y concordia que surge ante todo del hecho de que la justicia domina el conjunto de las relaciones sociales. La búsqueda de la justicia, de la justicia plena, es el fundamento de la paz. Si queremos la paz, si buscamos la paz, no debemos cínicamente prepararnos para la guerra, si no que debemos buscar la justicia, debemos realizarla y ayudarla a realizar ca da día. En El Salvador hay falta de paz y presencia de guerra, porque secular mente se ha ido incubando una situación de injusticia estructural. La justi cia consiste en dar a cada uno lo que se le debe, lo que le es debido. No tan to lo que es suyo sino más profundamente lo que es debido, porque nada será equitativamente suyo si no le es debido. Lo que le es debido, en primer lugar, por ser hombre, por ser persona humana; lo que le es debido, en segundo lugar, porque anteriormente ha sido privado de lo que le corresponde como persona humana; lo que es debido, en tercer lugar, porque se lo ha merecido con su es- fuerzo.

Ustedes, nuevos graduados, pueden trabajar grandemente por la justicia. Ante todo, como profesionales produciendo para el país aquellos bienes y servicios indispensables para que todos tengan lo que les es debido; es ahí donde tiene campo abierto su capacidad, su preparación, su iniciativa personal. Pero también, como universitarios y hombres de bien, haciendo conciencia de la injusti



cia y despertando conciencias para que en todo reine la justicia. Cada uno desde el lugar que ocupe en la sociedad, no olvidando el lugar y la responsabilidad con la propia familia, debe hacer no cualquier cosa, sino lo que más pueda, para superar la injusticia e instaurar un nuevo orden de relaciones sociales, mucho más justo y equitativo del que hoy se da entre nosotros. No se trata meramente de hacer cada día mejor lo que a uno le toca hacer; se trata de colaborar en crear un nuevo orden estructural, porque es claro que el dominante hoy no sólo es malo sino incapaz de responder cabalmente a lo que es la situación actual del país.

Pero no basta con la justicia para hacer la paz. Pudiera ir uno a la lucha en favor de la justicia por odio o por revanchismo. Esto podría resultar eficaz a la corta, pero difícilmente podría hacer más cercano el advenimiento de la paz. Es cierto que las injusticias sociales no surgen primaria y formalmente del corazón, pero en ellas y sobre todo en su remedio tiene mucho que ver el corazón. Si a la misericordia le quitamos su carga de sentimentalismo y la entendemos etimológicamente como una puesta del corazón del lado de los que más sufren, especialmente por razón de la injusticia que les ha dejado en la miseria, entonces la misericordia, la actitud y el hábito de la misericordia son algo indispensable para encontrar la verdadera paz. La justicia debe ser, no ablandada, pero sí templada por la misericordia, como se temple el hierro en el fuego. La misericordia, lejos de eludir el encuentro con la miseria y sus causas, se acerca más a ellas, pero no como un factor puramente estructural sino como algo que tiene rostro y que exige presencia y compañía. No es lícito en El Salvador volver los ojos a otra parte para no encontrarse con la realidad miserable en la que estamos inmersos. Centrada en esta misericordia, la fortaleza requerida en la lucha por la justicia y contra los responsables de ella, no queda disminuida, sino tan sólo humanizada. La misericordia es así una forma de amor, pero de amor preferencial por quienes son víctimas de la injusticia, que lejos de convertirse en odio de quienes las causan se transforma en llamada a la conversión.

Pero la justicia y la misericordia no son suficientes para trabajar efectivamente por la paz. Hace falta un permanente ejercicio de clarividencia y de prudencia. La prudencia tiene poca estimación, porque ordinariamente es refu-



gio de indecisos y cobardes. Pero los indecisos y cobardes no tienen nada de prudentes, son más bien negadores en la práctica de lo que exige la prudencia. La prudencia exige clarividencia sobre la situación, sobre los problemas actuales y futuros, sobre las condiciones reales en que se presentan. Todo ello con una mirada de conjunto que pone por encima el interés general y el bien común sobre el interés particular. Desde una mirada, en nuestra situación, que pone los intereses de las víctimas de la injusticia, tanto opresiva como represiva por encima de los intereses de quienes lo tienen casi todo y no quieren abandonar lo superfluo ni siquiera en beneficio de su propia tranquilidad futura, cuanto menos en beneficio de las mayorías que no tienen con qué sobrevivir. El aferrarse a los propios intereses, el apasionamiento que no deja ver la realidad, la injusticia que tiene apresada la verdad, son enormes peligros para la paz, porque son la negación misma de la prudencia. Los universitarios debiéramos tener en grado mayor esta virtud de la prudencia, esta capacidad de ver lejos y de ver con objetividad. Se nos ha educado para esto y, aunque la prudencia no se aprende en los libros y en las aulas, las largas horas de reflexión y de maduración intelectual, propias de toda buena formación universitaria, posibilitan una más profunda y objetiva visión de la realidad, que puede conducir a encontrar soluciones apropiadas a las dificultades y facilidades que ofrece la realidad.

Todos estos pensamientos, respaldados por la mejor tradición filosófica y por las más sanas teorías éticas, cobran especial fuerza desde la inspiración cristiana, que anima tan intensamente el trabajo de esta universidad y que esta universidad desearía que animara también las vidas privadas y públicas de quienes están en ella o han salido formados de ella.

La secuencia de las bienaventuranzas evangélicas, las que pudiéramos llamar "enhorabuena evangélicas" nos señalan lo más profundo de esta inspiración cristiana. Después de haber dado Jesús la enhorabuena a los pobres, a los afligidos, a los hambrientos, que son en definitiva los que más le preocupan, se la da también a quienes están dispuestos a resolver el problema de la pobreza, del hambre y de la aflicción, esto es, el problema de la injusticia. Los que están dispuestos a resolver este problema deben ser misericordiosos, limpios de corazón, artífices de la paz. No es que esto resulte fácil, porque



los dedicados con todo su corazón, con todas sus fuerzas, a esta causa de la justicia integral, serán perseguidos, porque en definitiva son los profetas verdaderos de la paz, los profetas y realizadores del Reino de Dios (Mt. 5, 3-12; Lc. 6, 20-26).

Jesus mismo buscó la paz a través de la justicia tanto en el corazón del hombre como en el corazón de la sociedad. Pero todo el que busca la paz a través de la justicia será víctima de quienes con la injusticia quieren ahorrarse la verdad, de quienes no tienen más Dios que el poder o la riqueza. No así los seguidores de Jesús, tantas veces llamados a dar su vida por los demás, como en el caso de Mons. Romero, doctor honoris causa de esta universidad, cuya inmolación ante el altar recordamos el próximo día 24 de marzo. No otra suerte corrió el propio Jesús, porque quien se entrega total y proféticamente a la lucha por la justicia y a la instauración de una paz verdadera, difícilmente dejará de ser crucificado de una manera o de otra. Pero sabemos que la cruz cristiana es en sí misma principio de resurrección y de vida, no sólo más allá de la existencia terrenal sino también aquí y ahora. Se muere a una vida de esclavitud y de injusticia y se resucita, si no hoy, tal vez mañana o pasado mañana, a una vida de libertad y de paz.

Cuando esto se logra no sólo para uno mismo sino para los demás, como nos lo recuerda el Vaticano II comentando un texto del profeta Oseas, lo que no era ni siquiera un pueblo, se convierte en pueblo de Dios. El pueblo de Dios es aquel pueblo que tiene por cabeza a Cristo, cuya condición de ciudadanía es la dignidad y la libertad, cuya ley fundamental es el amor y cuya finalidad es la instauración entre los hombres del Reino de Dios, hecho ya presente en la historia, aunque su culminación esté más allá de la historia. (Lumen Gentium, 9). Este pueblo de Dios no es sin más el pueblo político, pero debe ser fermento efectivo del pueblo político. Tanto más hacedero es esto en El Salvador cuanto que la mayor parte del pueblo salvadoreño ha sido bautizado en Cristo y participa muy vivamente de la tradición cristiana, esto es, de lo que Cristo ha entregado a los hombres para que santifiquen la historia. Si dentro y fuera de la Iglesia, la ley fundamental que rige las relaciones humanas es la ley del amor y no las presiones del terror, si la condición fundamental es el respeto a la dignidad de las personas y la promoción plena de la libertad, mucho habremos hecho para que la paz reine en nuestros corazones y también en nues-



tras relaciones sociales.

En este mismo espíritu hablaba Medellín y en Medellín toda la iglesia latinoamericana, cuando en su documento sobre la paz decía: "Si el cristiano cree en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, cree también que la justicia es condición indispensable para la paz. No deja de ver que América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada, cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, 'poblaciones enteras faltas de lo necesario viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política' (Pablo VI, Populorum Progressio, 30), violándose así los derechos fundamentales. Tal situación exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras. No debe, pues, extrañarnos que nazca en América Latina 'la tentación de la violencia'. No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor conciencia de los derechos humanos" (Medellín, Paz, 16).

Hoy que la UCA tiene la dicha y el dolor, como en todo alumbramiento de una criatura nueva, a 330 nuevos profesionales, al poner la mirada, como no puede menos de hacerlo, en la situación del país, ve con esperanza la posibilidad de que todos ustedes hagan profesión de ser artífices de la paz. Negativamente esto supone que no contribuirán para nada a que la injusticia imperante entre nosotros, se acreciente o simplemente se consolide; positivamente esto supone que harán todo lo que esté en sus manos para terminar con la injusticia y para hacer surgir cada vez más un orden justo, en que cada uno pueda gozar de lo que le es debido. Esto puede hacerse de muy múltiples formas, entre las que libre y responsablemente deben elegir. La UCA no pretende imponer a nadie ni la dirección política ni las formas concretas de trabajar contra la injusticia y en favor de la paz. Sólo busca, ante todo exigiéndoselo a sí misma y después pidiéndoselo a los más suyos -y ustedes que hoy se gradúan pero no se separan del todo de la UCA, son de lo más suyo- que trabajen con todas sus fuerzas por el desarrollo y la liberación del país, puestos los ojos en las necesidades más básicas de las mayorías populares. Si así lo hacemos, Dios y



los más pobres, que son la mayoría del pueblo salvadoreño y los predilectos de Jesús, nos lo recompensarán; si no lo hacemos o hacemos lo contrario, la conciencia personal y la historia colectiva, pero también Dios nos lo demandarán. Esperamos de todo corazón que la mayor parte de todos nosotros, si no la totalidad, seamos de los recompensados y no de los demandados.

